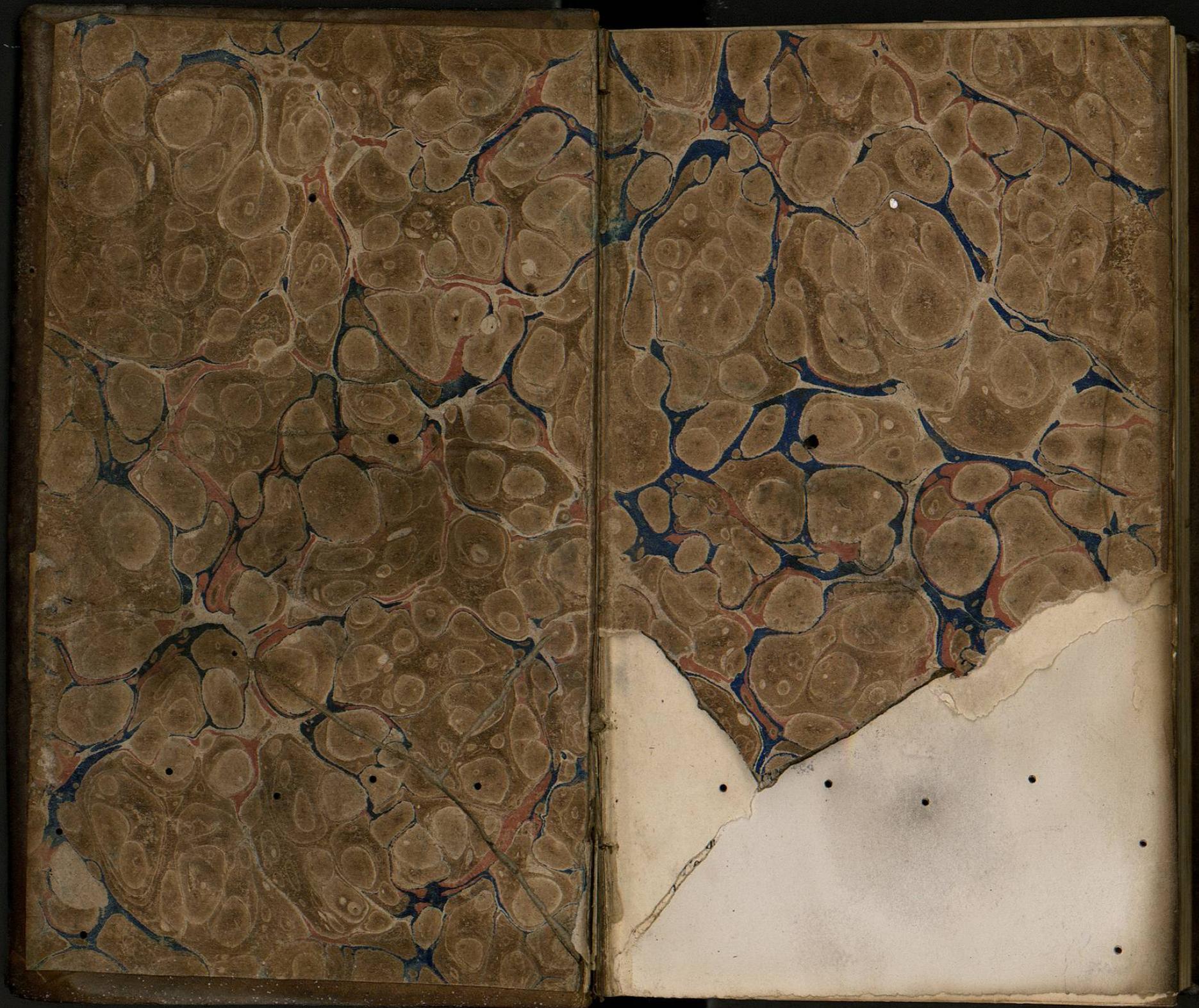






BJ1485  
A4  
1860  
c.1

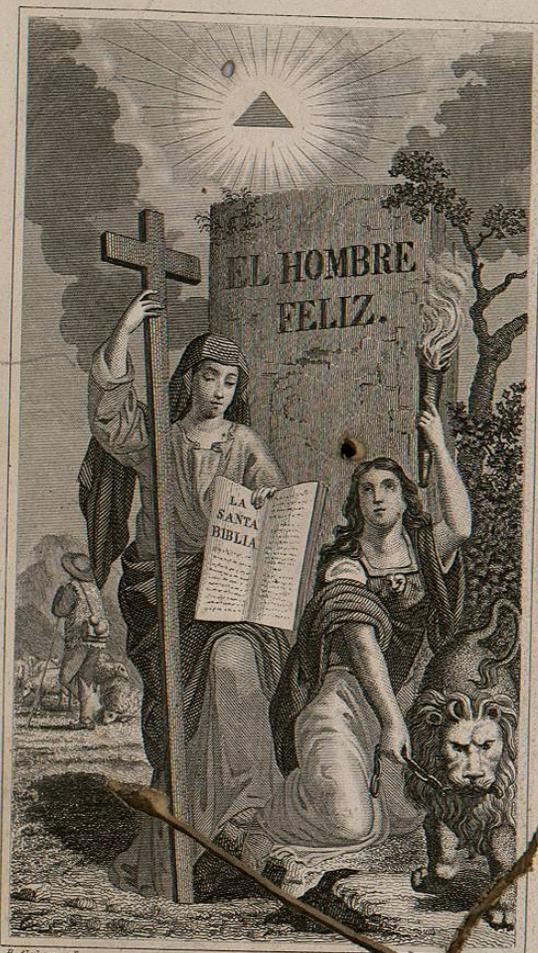




1080110273

EL  
HOMBRE FELIZ.





P. Alabern y.

EL

# HOMBRE FELIZ,

INDEPENDIENTE

DEL MUNDO Y DE LA FORTUNA;

ó

## ARTE DE VIVIR CONTENTO

EN CUALESQUIER TRABAJOS DE LA VIDA.

OBRA ESCRITA EN PORTUGUÉS

POR

EL P. D. **MODORO DE ALMEIDA,**

de la Congregacion del Oratorio, y de la Academia de las Ciencias de Lisboa, etc.

TRADUCIDO AL ESPAÑOL CON NOTAS.



Con aprobacion del Ordinario.

LIBRERÍA R

LIBRERIA RELIGIOSA  
Avenida, 20.  
BARCELONA.

ABLO RIERA,  
3.

1860.

B11485  
A4  
1860



Varios Prelados de España han concedido 2400 días de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

## PRÓLOGO.

1 Como siempre ha sido el público el juez de las obras que le ofrecen, conviene que sea informado de los motivos por que se emprendieron. El principal que me movió á meditar esta obra, fue el bien de la humanidad. Veia yo que la mayor parte de los que se llaman infelices, pudieran no serlo, si tuviesen en el entendimiento otro modo de pensar, y en la voluntad otra moderacion en querer. El efecto que yo experimentaba de algunas consideraciones de mi filosofia, ilustrada por el *Evangelio*, era tan saludable, que me juzgaria reo de gravísimo delito si ocultase tales consideraciones, ó si ahogándolas en el estrecho seno de mi pecho las dejase perecer conmigo, sin que viesen la luz del dia. Pudiera dar al público mis reflexiones con el título de una *Filosofía moral*, ó de *Máximas prudentes sobre la verdadera alegría*, *Paráfrasis épica del Eclesiastés*, y tambien con el de *Filosofía evangélica*; porque todas ellas son sacadas del santo Evangelio de Jesucristo, y de otros libros sagrados, fuentes puras de las verdades, no solo teológicas, sino tambien morales, filosóficas y políticas. Con todo: me pareció que seria mas agradable, y por eso mas útil, dar esta obra en el estilo en que la ofrezco á todos, atendiendo á muchas circunstancias que así me lo prometian. Tenia observado que muchos venerables Prelados de la Iglesia, llevados del mismo intento, regalaban á algunos caballeros distraidos entre otras dádivas Crucifijos de oro, delicadamente labrados, aunque sin la propiedad y viveza que tienen los de encarnacion,

que están como vertiendo la divina sangre, á los cuales, acaso, ellos no mirarian ni aun por curiosidad; porque deseaban aquellos santos Prelados que la preciosidad de la materia, y la delicadeza de la escultura les llevase la atención y los ojos á considerarla en la imagen de aquel original que les quería introducir dentro del alma. Así deseé yo hacer disfrazando la austeridad que aparece en las máximas evangélicas, con la belleza y flores de la luz de la razón y de la poesía.

2 Tomé por modelo al gran Arzobispo de Cambray en su famoso *Telémaco*, y otras obras de este género, en las que, con la suavidad del néctar encantador de la poesía, se dan las máximas más saludables para las costumbres. Al principio intenté dar esta obra en verso rimado, y después de haber dispuesto una buena parte, me incliné más al verso suelto, deseando más libertad en la pluma. Dejéme llevar entonces del dictámen de Horacio, que da la palma á quien sabe mezclar lo útil con lo suave. Pretendía embriagar el espíritu de mis lectores con la dulzura del metro, de suerte que tragasen sin advertirlo la medicina saludable del alma. Véalos despreciar con tal frenesí todo lo que les olía á devoción y virtud, que me pareció forzoso engañarlos felizmente dándoles las píldoras, ó poniendo la dulzura de la miel en el borde de los vasos donde se les debían suministrar las medicinas amargas. Mas después de este segundo, y no pequeño trabajo, observé que el número y cadencia que bajo las leyes severas debían suplir la falta de la rima, me obligaban á veces á no decir lo que quería, ó á decirlo de otra manera, no dejándome libertad la precisión del verso para descubrir el pensamiento con la naturalidad y vehemencia que deseaba. Resistí también de esta empresa; y á imitación del que preparándose para un desafío de empeño y peligro, no quiere consentir adorno alguno que le embarace los pies, las manos ó los brazos, deseando estar ágil para herir ó rebatir los golpes del contrario; así hice últimamente, y sacrificando á la fuerza y energía de los argumentos que deben herir y rendir toda la belleza del metro, que solo podía recrear los sentidos, comencé de nuevo la obra; mas conservando las leyes de la poesía que me eran convenientes, y usando de la libertad de la prosa,

según lo han practicado otros muchos antes que yo con suceso feliz.

3 Era mi designio llevar insensiblemente los lectores al conocimiento de la violencia y guerra que debían hacer á sus pasiones, y á una ciega y total entrega de sí mismos en los brazos de la divina Providencia, cuando nos hace caminar sobre abrojos y espinas: lección muy precisa para la *felicidad* de la vida. Hallaba que los hombres la procuraban con ardiente sed, y quise aprovecharme de esta misma sed para conducirlos á donde quería, y á este intento hacerles una pintura tal de este noble fin y premio de la virtud, que enamorados de su belleza, no dificultasen practicar cualquier medio, aunque áspero, que los llevase á ella. Aprendí esta fina y prudente política de lo que ví en Jesucristo, el cual hallando también sedienta á la Samaritana, se valió de su sed para convidarla de tal modo con la descripción de la saciedad completa que le prometía, que no se resistiese á abrazar su doctrina.

4 Ahora esta imagen de la felicidad sólida, que solo se podía conseguir por medio de la virtud, convenia que yo la pusiese delante de los ojos de los mortales, y bien cerca, para que la creyesen posible, y no la reputasen mero fantasma de la imaginación, sino realidad, que cuási pudiera tocarse con las manos. Á este fin busqué en la historia un héroe verdadero á quien conviniese este retrato, pues de éste modo podía disuadir mejor y sin violencia á los lectores del error común con que se busca la felicidad por el camino del vicio, y los hacia entrar en la verdadera senda de la alegría; porque fácilmente nos animamos á hacer lo que vemos practicado, cuando los efectos son agradables.

5 Érame, pues, indispensablemente preciso un héroe en quien hiciese brillar la virtud, la cual cuando se ve practicada es tanto más gustosa que los simples consejos, cuanto lo es la solfa cantada respecto de la puramente escrita; y juzgué que lo debía buscar entre los Príncipes cristianos, para que ninguno pudiese sospechar que yo hacia nacer la *felicidad de las máximas independientes de la religión romana*<sup>1</sup>, que es la única en que podemos

<sup>1</sup> Solo Dios es el feliz y fuente de la verdadera felicidad, por no tener de-

ser felices en la vida, y esperar poseer despues de la muerte la felicidad completa. Este punto era esencialísimo para que no se confundiese mi filosofía con la de los paganos, ni las máximas sacadas del Evangelio con los consejos de Platon, de Séneca ó de aquellos falsos filósofos que en nuestros tiempos nos venden con el especioso título de *Bien de la sociedad*, los proscritos y despreciables errores de los antiguos *sopistas*.

6 Para llenar mis ideas encontré felizmente á principios del siglo XIII á Uladislao III, rey de Polonia<sup>1</sup>, príncipe de tan heroico mérito, que sin haber tenido antes ejemplar ni imitador despues, disputó con su primo Lesco, sobre quién con mayor generosidad habia de sacrificar á la verdadera filosofía el trono y cetro, al que ambos tenian derecho igual. Vi en él, que obligado últimamente de las instancias del primo, y del amor de la pública tranquilidad, subió al trono; y que habiendo gobernado dos años los pueblos como padre, descendió él muy tranquilo, apenas vió que sus vasallos inconstantes se inclinaban á Lesco. Vi que vivió despues en Polonia, como simple particular en paz y quietud, el que habia sido antes su legítimo soberano: cosa nunca vista. Estas acciones me persuadieron que no podria encontrar en toda la historia personaje á quien ajustase mejor la pintura de la virtud y sólida filosofía, que yo queria hacer brillar á la faz del universo.

7 Necesitaba la virtud de la contraposición del vicio<sup>2</sup>, y las máximas de la filosofía debian ser realzadas, puestas á la frente de los ciegos desórdenes de las pasiones furiosas. Para esto era preciso otro personaje verdadero y coetáneo, para que no se dijese que degeneraba en novela lo que era poema (aunque podia tomarme la licencia que se tomaron Virgilio, Tasso y otros, va-

pendencia alguna; y solo es dichoso el hombre, cuya *felicidad* únicamente depende de la *feligion romana*; porque felicidad dependiente de la *fortuna* ó del mundo, no es felicidad, sino dura esclavitud. (Véase la nota lib. III, n. 27).

<sup>1</sup> Uladislao fue el décimotercio soberano católico de Polonia, reino tan ortodoxo, que no puede reinar en él quien no profese la religion de Jesucristo. (*Lex. Rex. Cath. esto*).

<sup>2</sup> *Nisi enim ex comparatione virtutum, vitium non ostenditur.* (S. Hieron., lib. I Comment., c. IX S. Matth.).

liéndose de personajes que no coexistieron), y hallé al Conde de Moravia, famoso por los yerros de su pasion amorosa, como refiero en el último libro, donde se ven los funestos efectos de esta loca pasion en el asesinato de su hermana la Reina de Hungría. Este hecho me dió autoridad para hacerle representar en este poema el papel que convenia para realzar la virtud de mi héroe, y hacerla llegar á los ápices del heroismo, á que la mano poderosa de Dios le hacia llegar.

8 Hacia á mi intento la cronología, estando la historia de aquellos tiempos llena de innumerables hechos en que se interesa la curiosidad; por cuanto en aquellos años hervian con las *Cruzadas* el mar *Adriático* y el *Archipiélago*, y el imperio de Oriente experimentó en sus emperadores desde Manuel Commeno<sup>1</sup> alternativas nunca vistas: por entonces fueron las catástrofes de Andrónico, de Isaac Ángelo, de Alejo su hermano, segunda vez de Isaac Ángelo, y de otro Alejo su hijo, pasando por este tiempo el cetro del Oriente de los griegos á los latinos, despues de la toma de Constantinopla, euando Balduino I, que era conde de Flandes, fue puesto sobre el trono, y despues de él su hermano Enrique.

9 En el Asia Menor se veia de nuevo establecido y coronado emperador de Nicea Teodoro Lascaris, casado con Ana, nieta de Isaac Ángelo. El sultan de Iconio *Rovadin* preparaba las armas para ayudar á Leao ó Leon, rey de la Armenia Menor. *En la Tierra Santa se veia la nueva reina de Jerusalem María, hija de Isabel, que era últimamente reina de Chipre<sup>2</sup>*, la cual pedia á Felipe Augusto rey de Francia, le señalase esposo digno de su

<sup>1</sup> Este Emperador reinó desde 1143 hasta 1180; y fue el que contra derecho de gentes sacó los ojos á los embajadores de Venecia.

<sup>2</sup> María ó Jolee en efecto vivia, no en Jerusalem como reina, sino en la Tierra Santa, intitulándose *reina de Jerusalem*, como se llamó su madre, de quien heredó y recibió en dote el título y derecho legítimo á aquella santa ciudad, el cual dió tambien en dote á su hija, que casó con Federico II, emperador; y de aquí les viene á los reyes de Sicilia el titularse reyes de Jerusalem. (El nobilísimo Antonio Albicio in *Stemmata Christianorum Principum*). No solo era reina de Chipre, sino tambien reina de Tiro, de Eptolemayda ó Acon, de Berito y Jafa ó Joppe. (*El mismo Albicio y D. Luis de Mármol. Descripcion de África*, lib. II, fól. 190).

persona y corona. Todo esto suministraba á la ficcion poética mil episodios, que podian ser útiles á la intriga, la que sirve, no solo para hacer ver las pasiones en toda su fuerza, sino tambien para traer el alma del lector en continuo, bien que diferente y agradable movimiento, hallándose estimulada con la curiosidad de ver el mal ó buen éxito de los sucesos; lo que da lugar á que la filosofia insinúe insensiblemente todas sus máximas, y que con gusto se vea siempre que en los héroes la razon triunfa de las pasiones, y la virtud del vicio.

10 Para apartar muy léjos la austeridad que tanto se teme en unas máximas que declaran guerra abierta á todos los vicios, puse estudio en que, á veces, manos delicadas hubiesen de curar las heridas, é hice entrar en este enredo á Sofía, viuda de Nicolao Canabo, emperador de Constantinopla, que por pocas horas gozó de este honor en el pasaje tumultuoso; cuando el cetro del Oriente pasó de los griegos á los latinos. Esta Princesa supongo disgustada y retirada de la corte en una casa de campo sobre el *Niester*<sup>1</sup>, donde es el primer encuentro del héroe. Dile por medio hermano al dicho Conde de Moravia, para que la estrechez del parentesco hiciese decente la familiaridad, que es indispensable á quien juntamente con el héroe, médico de su corazon corrompido, habia de hacer el papel de enfermera para que sanase su alma.

11 Aquí, pues, junto á la casa solar de esta Princesa, comienza el artificioso enlace de sucesos en un encuentro casual del Conde de Moravia con Uladislao, que mientras vive desconocido, se llama siempre *Miseno*. Este le comunica sus máximas, y para ello toma el principio de su historia, llevándolo desde que vió balancear la corona de Polonia sobre la cabeza de su padre Miecslao. Figura entonces que mi héroe aun no lo era, antes al contrario, que se dejaba arrastrar de la tristeza y de otras pasiones, y se habia abandonado al acaso; pero que en su peregrinacion con mil sucesos ya misteriosos, ya naturales, habia aprendido las

<sup>1</sup> Estaba esta en el territorio de *Besarabia*, que confina con *Moldavia*, la pequeña *Tartaria*, y el mar *Euxino*: país montuoso, delicioso y fértil, por donde va muy caudaloso el *Niester*.

máximas de la sólida filosofia, que le hicieron despues subir al trono sin ambicion, descender de él sin pena, y vivir fuera de él sin desabrimiento en aquella soledad en que le hallaron. Acaba esta parte del enredo, que sabe por la narracion del héroe, se sigue la dilacion de algunos dias, y se finge que conversando los tres, y disputando, se persuaden las máximas de la verdadera alegría, y despues se ve que por casos inopinados y trazados por las furias del infierno, que declararon guerra abierta al héroe, estuvo á punto de separarse de su alumno; mas sin embargo, por orden de la Providencia empiezan á viajar juntos: el Conde con el designio de militar en la Tierra Santa, y el Príncipe con el de ir en su compañía, para irle tirando la rienda á sus pasiones, y completar la doctrina que habia empezado á darle: deseando así conseguir la empresa de vencerse á sí mismo, y de que la razon sea siempre la que domine y gobierne todas sus pasiones; pues desde el principio tien colocada en esto la verdadera heroicidad. En este gran empeño trabaja por fin Uladislao, ayudado de aquella gracia del cielo, que hace al hombre terreno superior á sí mismo, hasta que ya ni la venganza le mueve, ni la ingratitud le vence, ni otra pasion alguna le manda: y pasados once meses en esta lucha perpétua de la virtud del héroe con los vicios, se retiró por orden superior á vivir en Polonia, donde dice la historia que Uladislao vivió en paz á beneficio comun<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Véase la última nota del libro XXIV.